



Voces y expresiones viciosas

¡QUE poco se nota en los demás —escribientes y hablantes, esto es: poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, ensayistas y locutores— la influencia de estas páginas en torno del lenguaje! *Vox clamantis in deserto*. Cada día que pasa son más los descuidos, incorrecciones, impropiedades, dislates o desbarros. Aumentan los neologismos, no siempre por exigencias de nuestro tiempo, tan pletórico de novedades, sino por ignorancia de los equivalentes. Puéblanse las páginas de libros, periódicos y revistas, de gálicas voces. Cométese a cada paso solecismos, que denotan una deficiente educación oficial o autodidáctica. Se escribe *deprisa* y *enseguida*, se acentúa *ti*, *esto*, *eso* y aquello, que no pueden ser más que pronombres y por lo tanto no necesitan el acento ortográfico identificativo, y solo cuando es nombre o adjetivo; suprímese la hache en ¡Huy! (1), del latín *hui*; añádesese una ese al final de la segunda persona del singular del pretérito indefinido, sin la disculpa de los poetas —ortopedia de la elaboración rítmica— de evitar una sinalefa; se usa *les* por *los*, y se cambia improcedentemente la preposición en el régimen de los verbos, como por ejemplo, *protestar de*, por *protestar contra*, *ocuparse de*, por *ocuparse en*, *dedicar para* (discos solicitados de la Radio), por *dedicado a*. Hay quien considera esto o aquello, *bajo* tal o cual punto de vista; quien se *desplaza* de aquí para allá, o comete una *picia*, o se toma *sendos* vasos de «bon vino», como el Arcipreste, o gusta de *especies* en los guisos, como Lúculo o Trimalción, o tiene más *insulas* que Don Rodrigo o se *queda* la caja abierta... Se dice *el* pasado, *el* presente y *el* futuro (2), cuando omitida la voz tiempo, deberá decirse lo pasado, lo presente y lo futuro. Y no hay quien consiga arrancarle de los labios, de una vez para siempre, a los locutores el *tener lugar* —que no es sino el *avoir lieu* de los franceses— quizá porque desgraciadamente la literatura y la prensa están llenas de tales expresiones gabachas. Con lo fácil que sería decir ocurrió, se celebró, se efectuó, se verificó, se realizó, etc., según el caso.

(1) Véase *El Premio*, de Zunzunegui (Barcelona, 1961), pág. 609, *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella (Barcelona, 1953), págs. 144, 296, 347, 420 y 800, y *Don Juan*, de Torrente Ballester (Barcelona, 1963), pág. 292.

(2) «Dicen que se compone (el tiempo) de tres cosas distintas: lo pasado, lo presente y lo futuro». Nanny Wachsmuth de Zamora y Carlos del Corral Casal, traductora y revisor literario, respectivamente, de *La historia de San Michele*, de Axel Munthe (Barcelona, 1963), pág. 102.

Pues y la *envergadura*, y el *dispépsico*, y el *dentrífico*, y el *metereo-lógico*, y el *andara* de Juan de Guytisoló (*Fiestas*, 1958, pág. 193), y el *atrona*, y la *Venus del Milo*, y la *contricción* por *contrición*, y el *expoli-que* (1), que viene de espuela, y debe escribirse, consiguientemente, con ese, e *incomensurable*, por *inconmensurable*, *puertorriqueño* por *portorriqueño*, y tantas otras faltas análogas que cabría traer a la colada.

Si no bastaron obras tan relevantes como los *Diccionarios de hispanismo y barbarismo; de construcción y régimen de la lengua castellana; de galicismos; de la conjugación castellana*, del padre Mir, D. Rufino José Cuervo, D. Rafael María Baralt y D. Emiliano Isaza, respectivamente, *Limpia y fija...*, de D. Mariano de Cavia y *Crítica profana*, de D. Julio Casares, por no citar sino los primeros libros de esta clase que se me vienen a la memoria, para desterrar del habla tan frecuentes transgresiones, poco puede esperarse de este humildísimo aprendiz de hablista, por mucho celo y perseverancia que ponga en estos menesteres lingüísticos.

Y lo que más nos apena es que sean los propios señores académicos de la lengua, como vamos a ver a seguido, los que incurran en tales distracciones.

«Hasta el siglo pasado, las variaciones solían ser de *tipo* filológico o *sintáxico*» (sintáctico estaría bien dicho). Carlos Martínez de Campos: *Carta abierta*, (ABC del 13 de Septiembre de 1964).

«La *avalancha* crece y el cuello del embudo no se ensancha», *Ibidem*. Dijérase alud, y se habría evitado el galicismo.

«Quien no se cansa es el niño *autonomásico* (autonomástico) del cuento o poema...» M. Fernández Almagro: *Libros y revistas*, (ABC del 26 de Abril de 1964).

«Los trenes llevaban *compartimentos* (compartimientos) con portezuela cada uno y sin pasillo lateral...» M. Fernández Almagro: *Ibidem*, (ABC del 18 de Abril de 1964).

Si aludimos, no nombramos y si nombramos, no aludimos.

«Como en la bellísima *Elegía anticipada*, a la que ya he *aludido* en páginas anteriores». José Luis Cano: *Poesía española del siglo XX*, (Madrid, 1960).

No aludió, sino que la nombró o citó en la página 318: «...pero en otro poema del mismo libro, *Elegía anticipada*».

Desapercibidos, por inadvertidos.

«Es ya tradición en nuestro país que libros importantes pasen casi *desapercibidos*». *Ibidem*, pág. 459.

Tierra sin nosotros fue un libro que pasó casi *desapercibido* para la crítica». *Ibidem*, pág. 483.

No insisto sobre esta impropiedad porque en páginas anteriores de «Alcántara» he considerado el uso correcto del verbo *apercibir* y de su participio pasivo.

«...el intenso arte de la *sugerencia* (Americanismo), *Ibidem*, pág. 472. Sugerición sería más apropiado.

(1) Véase *Don Juan*, de Gonzalo Torrente Ballester, págs. 300 y 316, respectivamente

«Pero junto a versos como éstos; otros muchos nos dicen del sentimiento de la fealdad, la *absurdidez* (absurdidad) y la *irrisoriedad* (neologismo) de la existencia». *Ibidem*, pág. 446. Digase *irrisión* y nada habrá que objetar.

Proviniente por proveniente.

«Por lo demás, el resto de los países de la Europa occidental enumerados no reciben ayuda *proviniente* de la ley de Asistencia Exterior». José María Massip: Crónica de Washington, (ABC del 16 de Febrero de 1964).

Constatar (galicismo: *constater*), por demostrar, probar, averiguar, consignar, hacer constar, como ya se advirtiera en otro palique inmediatamente anterior (1).

«Pues, entonces, si existe la imposibilidad física de *constatar* la totalidad de una cosa...» Juan Pasquau: *Medio enterados*, (ABC del 16 de Febrero de 1964).

Meticulosidad, por cuidado, empeño, etc. *Meticulosidad* es calidad de meticoloso, y meticoloso medroso, miedoso, pero no minucioso, detallado, escrupuloso, como se cree equivocadamente.

«Y Cayetano Luca de Tena ha puesto grandísima *meticulosidad* en el ritmo general y en la administración de la «temperatura» gradual de la comedia». Enrique Llovet, (ABC del 30 de Noviembre de 1963).

Nórdico, por nórdico.

«Las chicas *nórdicas* no son tan «fáciles» como la gente cree». Jesús María Vázquez: *Carta abierta a don Luis María Ansón*, (ABC del 17 de Enero de 1965).

Nórdico, según el Diccionario de la Real Academia Española, en su décimo quinta edición (Madrid, 1925), que tengo a mano, es una de las lenguas germánicas, de la cual son dialectos el islandés, el noruego, el sueco y el danés. Pero nada más. En cambio, *nórtico*, según dicho inventario léxico, es lo perteneciente o relativo al Norte.

Agrada mucho ver que traductores y revisores literarios, como Nanny Wachsmuth de Zamora y Carlos del Corral Casal, respectivamente, se expresen con la máxima corrección al decir: «...nuestro buque fue bloqueado por un banco de hielo empujado desde el Kattegatt por un violento viento nórdico...», trad. de *La historia de San Michele*, de Axel Munthe, pág. 173.

«¡Que nadie *mente* a Dios en mi presencia!», Gonzalo Torrente Ballester: *Don Juan*, pág. 33. Hubiérase escrito *mente* y nada habría que oponer. Verbo irregular de la segunda clase, con anomalías en los presentes de indicativo y de subjuntivo.

No es menos desafortunado llamar juicio *crítico*, «pleonismo intolerable», según ya observó Menéndez y Pelayo, respecto de Hermosilla («El juicio crítico-pleonismo intolerable en un helenista como Hermosilla...») (*Historia de las ideas estéticas en España*, Madrid, 1904, tomo VI, pág. 196), a las reuniones celebradas por el Ateneo de Madrid, para

(1) «Alcántara», núm. 142. Enero-Junio, 1964.

someter a juicio literario los valores intrínsecos y formales de un libro recientemente publicado, porque no hay crítica sin juicio, ni juicio, cabría decir también, que no tenga alguna relación con la crítica.

«Helena de Troya, no sólo por su historia divertida, sino porque dio lugar a que se alcanzaran las máximas cumbres de la literatura clásica. Es decir, esta mujer fue la que llevó al extremo la conocida máxima de «instruir deleitándose», *Psicoanálisis de Mingote*, por Julián Cortés-Cabanillas, (*ABC* del 14 de Septiembre de 1964).

Horacio con el «*utile dulci*» de su *Arte poética* o *Epístola a los Pisones*, impuso esta regla o precepto no al que lee, sino al que escribe, consiguientemente la versión correcta sería «enseñar deleitando» (1).

Estos descuidos o distracciones que no destruyen, como es lógico, la fama o prestigio de un escritor, más lo restringen que lo aumentan, por eso señalo el *lapsus*, con el único objeto de estimular la atención y el esmero de quien escribe.

Descuidos o distracciones;
impropiedades, gazapos.
Apercibida la mente
y el lápiz rojo en la mano.

¡Oh mis dilectos lectores!
¿no es un quehacer muy sensato?
Así lo estimo yo al menos
y sin temor lo proclamo.

UN APRENDIZ DE HABLISTA

(1) «...qui miscuit utile dulci, —lectorem delectando, pariterque monendo, que D. Tomás de Iriarte tradujo en verso castellano, así: «Mas todos contribuyen —al que enseñar y deleitar procura— y une la utilidad con la dulzura» *El Arte poética de Horacio* o *Epístola a los Pisones* (Madrid, en la Imprenta Real de la *Gazeta*, Año de MDCCLXXVII), págs. 51, 52, 53 y 54.

RECENSIONES

EL CHUPAO Y OTROS CUENTOS, por Pedro Romero Mendoza. Madrid, 1963.

La literatura, como la Historia, tiene dos formas de cultivo: La teórica y la práctica. De la misma forma que no es lo mismo ser historiógrafo que historiólogo, ya que este último es un tratadista y el primero es, además un escritor, tampoco es lo mismo ser profesor de Literatura, *literólogo*, diríamos con un no muy bello neologismo, que *literógrafo*, con otro igual o sea, cultivador puro y simple de las letras. Un tratadista de Literatura puede ser una eminencia de orden técnico y una nulidad como estilista. Los ejemplos de esto no son raros. Para ser un buen literato, hay que nacer. La otra cualidad se puede adquirir.

De un tiempo a esta parte abundan los técnicos en achaques literarios que, además, son escritores castizos. Ejemplos de ello son actualmente Menendez Pidal y Dámaso Alonso, entre otros muchos. Pedro Romero Mendoza, el distinguido escritor cacereño es otro ejemplo. Hace tiempo tuvimos la suerte de leer de cabo a rabo —no de hojear— la magnífica obra *Siete ensayos sobre el Romanticismo español*, que, como se sabe, mereció de la Real Academia Española el valioso galardón «Conde de Cartagena», y la lectura nos subyugó, porque su autor, a más de eminente crítico y *literólogo*, es ameno, pulcro y elegante literato. Para insistir en esta segunda faceta de su pluma, Romero Mendoza nos ofrece en *El Chupao y otros cuentos*, una brillante muestra de literatura práctica en uno de los géneros más difíciles para quien maneja la pluma.

Casi todos los españoles —pues ya es sabido que España es el país donde todo el mundo escribe y nadie lee— hemos

escrito una o varias novelas. Pero pocos hemos sabido escribir un verdadero *cuento*. Es éste un género nada fácil, pues debe reunir determinadas cualidades que no quedan cubiertas reproduciendo simplemente un capítulo de una novela o condensando una novela en pocas páginas. Lo primero resultaría desvaído; lo segundo amazacotado y en ambos casos aburrido. Un cuento no es tampoco una novela pequeña por la misma razón que un niño no es una reproducción de un hombre a escala pequeña. El niño tiene un cierto aire o ángel independiente y el cuento ha de tenerlo también. Hace falta en primer lugar un argumento suficiente, pero no farragoso, es necesario un interés continuo y sobretodo es imprescindible que haya gracia, no sólo en la narración, sino también en el estilo. Todas estas premisas que venimos repasando se dan superabundantemente en esta selección de Romero Mendoza.

El Chupao, que encabeza la serie y da nombre al volumen, es una pincelada ambiental, realista y acre. Sigue por contraste una eutrapelia irónica en *La Corbata de lazo* y a esto, un cuadro triste con delineadas tintas románticas bajo el título de *El Mar*. *Permuta* es una travesura no exenta de picardía que deja intencionalmente sin acabar. *El boleto* es el relato de una pesada broma de actualidad.

No hemos de mencionar todos los títulos, sino hacer notar lo que de los pocos citados habrá ya deducido el lector. Nuestro libro es un ramillete de narraciones artísticamente dispuesto, donde los temas, se suceden distintos, en orden a no cansar la atención del lector. Hay en tal antología de todo: aguafuertes rurales o callejeros, estampas guerreras, paisajes fantasmagóricos imposibles, gotas de psicoanálisis, de todo en fin con una inteli-